

DIÁLOGOS (FICTICIO) SOBRE LA LITERATURA (POSIBLE) EN LA (REAL) ESCUELA SECUNDARIA

Mg. Gabriela Urrutibehety¹

Instituto Superior de Formación Docente 168 – Dolores (Bs As)

gabrielaurrutibehety@hotmail.com

Eje: LA LECTURA COMO EJE DEL PROYECTO INSTITUCIONAL

Primera

La poesía no está en la escuela.

¡Andá! ¿Cómo podés decir eso?

Sí, es verdad, hay poca poesía en la escuela secundaria. Y si la hay, la hay en algunas pocas formas, no en su rica variedad.

¡Andá! ¿Cómo podés decir eso?

Los chicos llegan al último año del secundario y definen “verso” por la rima. Sin rima no hay verso. ¿Cómo pueden llegar a esa conclusión? Porque no han visto otra cosa que poesía en verso.

¡Andá! ¿Cómo podés decir eso?

Rimas. Rimas pueblan las salitas del jardín. En la salita del jardín fluyen las rimas y llenan el alma. Rimas pueblan el calendario escolar en la primaria, cada vez más abandonaditas a su suerte de almanaque. Rimas pueblan los diarios íntimos, los cuadernos personales, las agendas, las páginas perfumadas que los adolescentes escamotean y esconden a los ojos de la escuela secundaria. Las rimas se van haciendo cada vez más internas y los ritmos van por otro lado.

¡Andá! ¿Cómo podés decir esto?

A veces viene un profe y te pone frente a, digamos, un poema de Girondo. Y los pibes se enojan porque eso no es poesía. O no dice nada. O para decir estas pavadas las

¹ Prof de Letras, Magister en Enseñanza de la Lengua y la literatura. Se desempeña en la formación docente y coordina talleres literarios. Realiza investigaciones sobre las prácticas de lectura y escritura de los docentes. Recientemente ha publicado “Prácticas lectoras de los profesores de literatura: el placer diferido” (2012) en *Revista Anales de la Educación Común*; “No habla/no lugar: la desterritorialización del lenguaje en *Gris de ausencia* de Roberto Cossa”. En Hochman, N (ed) (2012) *El exilio del retorno*. San Fernando : Heterónimos, 2012, y “Puesta en escena y novela plebeya: ficción y realidad en *Tengo Miedo Torero* de Pedro Lemebel”. (2012). En de Llano, A. (ed) *Moradas narrativas: Latinoamérica en el siglo XX*. Mar del Plata, Martín-UNMDP. Ha publicado dos novelas y numerosos cuentos en antologías.

dice cualquiera. O hasta mi hermanito puede escribir algo así. Y ponele que el profe les diga que sí, que bueno, que cualquiera puede escribir poesía, que ponete a escribirla, que dame la mano y vamos ya.

Y hasta por ahí sale un pibe que le muestra un cuaderno donde escribió letras para las canciones que compone con su hermano -que no es tan chiquito como el otro- para la banda que tiene con los primos. Y le pregunta si eso es poesía. Cómo no. Y tal vez el profe les cuente que así empezó todo, en esa encabalgadura que tiene la poesía con la música, naturaleza doble que parte del decir y llega al cantar. Que la palabra es sonido y ritmo y que la música no es otra cosa. Así que vamos, vamos por las letras de las canciones para llegar hasta el hondo bajofondo donde el barro se subleva, para poder cantar, oh musas, la cólera de Aquiles o el amor explota o las simples cosas que devora el tiempo.

¡Andá! ¿Sí?

Se va la segunda

La literatura en la escuela secundaria: un problema que se basa en la falta de definición del objeto de enseñanza. ¿Qué enseñamos en la clase de literatura? ¿Conceptos teóricos de la teoría o la crítica literaria? ¿Lecturas impresionistas que apelen a lo emocional?

Lo primero es aburrido. Pero evaluable y a fin de año hay que poner notas.

Lo segundo depende de lo que les des a leer: textos cercanos a la experiencia de los chicos y que, de última, terminan achicando cualquier posibilidad de experiencia a los límites impuesto por el mercado.

¡Andá! ¿Cómo podés decir eso?

Organicémonos, entonces.

La enseñanza de la literatura puede organizarse en cuatro ejes, que implican cuatro habilidades:

LEER LITERATURA

LEER SOBRE LITERATURA

ESCRIBIR SOBRE LITERATURA

ESCRIBIR LITERATURA

El primero de los ejes se refiere al contacto directo con los textos literarios, lo que remite al problema de la selección de textos. Muchos y variados: como diría Rodari, “un lema de bello sonido democrático”. Un lema que remite a varios problemas de la selección: lo cuantitativo y lo cualitativo, suelen decir los investigadores.

Cantidad: tiene mala prensa esta palabra. Pero no hay lector de un solo libro. No hay hábito lector sin continuidad de lecturas y para aprender cómo ir de un libro a otro, hay que leer mucho. Cómo ir de un libro a otro es, también, un aprendizaje. Hay que aprender –y enseñar, por supuesto- que una lectura abre otras lecturas porque en realidad todo libro se escribe desde las lecturas previas del autor. Y que un buen libro es, precisamente, el que abre la “enciclopedia” de alternativas, las que están detrás de la escritura de ese libro en particular y de las otras escrituras que ese libro promovió. Entonces, hay que aprender –y enseñar- que la literatura es una constelación de múltiples discursos conectados y que un buen lector es, también, quien puede caminar esas conexiones.

Pero cantidad también es extensión. La literatura en la escuela está superpoblada de fragmentos. Está atiborrada de retazos que no alcanzan ni siquiera a despertar la sed de ver cómo sigue o de dónde viene. Los fragmentos deberían ser descansos en los que el lector se detiene a admirar con lupa, a repetir para adormecerse después de una larga jornada o a desentrañar la clave de lo que está antes o después. Pero termina convirtiéndose en la literatura preponderante y eso termina por armar una imagen distorsionada de lo que esta constelación es.

Esto lleva a una sobreabundancia del género cuento (breve), a veces engarzado bajo temáticas (cuentos de fútbol, cuentos de terror, cuentos policiales, cuentos de brujas), pero generalmente alejados de cualquier tipo de continuidad. Si no se enseña la relación de continuidad que hay entre los cuentos que el autor incorporó en un libro, la que ese mismo autor trazó con sus precursores –epígrafes, menciones, obsesiones, recurrencias mediante-, la que el editor propone entre los libros de una colección, la que la tradición mantiene, la que la imaginación del propio lector sugiere, no hay posibilidad de crear hábito, porque no se enseña a encontrar los secretos –no tan secretos- caminos que llevan de un rincón a otro. Claro que esto requiere cantidad y completitud.

(Entre paréntesis: la poesía es breve. Aún así, ¡se dosifica tanto su presencia!).

El otro criterio de selección tiene que ver con “variedad”. Variedad de autores y épocas, pero también variedad de géneros: esto contrasta con el predominio en las aulas de la narrativa breve, por encima de la narración extensa (novela), del teatro y, como veníamos diciendo, de la poesía. Y más aún, con los mínimos conceptos que se desarrollan en torno a la narrativa: argumento, personajes principales y secundarios y basta por el momento.

Pero también implica el debate sobre los clásicos y la forma: pese a lo que dice Calvino, aún no se ha resuelto en las aulas el debate sobre la lectura de clásicos y sobre la pertinencia o no de las adaptaciones. Tampoco está resuelto el debate sobre

cierta literatura denominada “infantil y juvenil” que sólo adapta/adopta moldes del mercado.

Cómo leemos los docentes es la pregunta que subyace a todas estas cuestiones: si hay que leer, dicen, al menos 500 libros para seleccionar uno, qué y cuánto leemos los docentes no es una pregunta menor.

El segundo de los ejes tiene que ver con LEER SOBRE LITERATURA. Un lector no es un solitario. Un lector entra en una comunidad de lectores que están más allá de su tiempo y su lugar. Y estos otros lectores son también los que escriben a partir de las obras que leen. Algunos hacen ensayos. Otros teoría literaria. Algunos, crítica literaria. También, historia de la literatura. Y así, hasta el infinito y más allá. La literatura es una institución (aquí debería ir una cita de Bourdieu o de Bajtín o de Steiner o de otro maravilloso lector por el estilo) que también incluye a los lectores que escriben sus lecturas y circulan en otros textos que integran la constelación de la que hablábamos más arriba. En esas escrituras también están los propios autores hablando del oficio, de la técnica de la escritura, de las obsesiones que los ocupan mientras escriben: cartas, diarios, confesiones, todo eso también es la lectura.

Y si los chicos leen sobre literatura, también podrán escribir sobre ella. Incorporándose al diálogo de los lectores expertos, los lectores que reflexionan y teorizan sobre lo que están leyendo. Sin escamotearles los conceptos que la teoría o la crítica o la historia de la literatura ha ido elaborando, sino ofreciéndoselas como herramientas para ampliar su horizonte de expectativas.

Y para terminar, la única manera de poder entender el mecanismo es metiéndose adentro, buscándole las trampas y los secretos. No se puede acceder al campo de la literatura sin ESCRIBIR LITERATURA. Como dice Rodari, “no para que todos sean artistas sino para que nadie sea esclavo”. Escribir literatura, como hacer música o pintar o danzar, es un derecho que, a medida que se avanza en el sistema educativo se va obliterando. La posibilidad de ser hacedor de arte se va abandonando a medida que se va creciendo: con un privilegio exagerado de los discursos científico-rationales se va convenciendo a los chicos que la literatura es cosa de expertos, dioses o superhéroes a los que uno jamás podrá alcanzar. Y tampoco vale la pena (¡Andá! ¿Cómo podés decir eso?)

Todos los docentes que experimentaron en el secundario la puesta en marcha de un taller literario han quedado fascinados. Pero también esas experiencias han sido esporádicas o relegadas a espacios extracurriculares. Por qué no podemos incluirla en la enseñanza formal, en la currícula, es una pregunta compleja que, sospecho en este

espacio, tiene que ver con las problemáticas de la evaluación y la acreditación. Pero eso es tema para otro momento.

Vuelta

Y volvemos a donde empezamos. Una posibilidad de trabajar poesía en el secundario partiendo de toda la poesía que los chicos conocen. La poesía que está en las letras de las canciones. Una selección que, de acuerdo con lo dicho, se rige por el lema de mucho y variado. Claro que la poesía va a entrar por el sonido, así que la primera variación será de ritmos: Naranja en Flor (la escribió un pibe de 17 años con su hermano de 19) y Nos sobran los motivos de Sabina (hay un procedimiento poético muy interesante, la acumulación de frases nominales, y un sustrato de textos literarios aludidos y citados que posibilitan una buena reflexión sobre la intertextualidad); El farolito de Los Piojos y Ojalá de Silvio Rodríguez. Y también para empezar a mezclar por temas: Latinoamérica de Calle 13 y la Oda a Roosevelt, de Darío; o por procedimientos poéticos como ir de las imágenes del indio Solari a las vanguardias. Una vez metidos en este berenjenal, vamos a leer textos sobre ellas. Textos de la web y de los libros de teoría literaria. Ponerlos en diálogo y evaluar. Ver cómo se justifica la opinión en cada una de estas instancias y de qué manera resulta más creíble o más eficaz. Opinar y escribir la opinión: justificar, evaluar, consolidar una voz.

Y después, claro, escribir poesía. Poesía más allá de la mera expansión catártica: poesía como escriben los poetas. Sabiendo de mecanismos y trucos del oficio, corrigiendo, compartiendo, evaluando, reelaborando. Sabiendo de los mecanismos (¡ay, tan escasos!) de circulación de la poesía e imaginando alternativas para la propagación del virus.

¿Y evaluar?

¿Cómo evalúo? ¿Cinco preguntas a dos puntos cada una? ¿Indique tres metáforas, dos imágenes y una rima consonante?

Tal vez mejor: escriba un comentario sobre tal poema, tal experiencia lectora, tal influencia, tal concepto teórico en la poesía de... ¿Por qué no hacer lo que hace la institución literatura, en su vertiente teórica: escribir sobre lo leído, producir sobre lo leído, uniendo la producción crítica y la poética?

O tal vez, escriba un poema y cuente cómo lo hizo, qué opciones tuvo y por qué eligió lo que eligió.

O mejor aún: dése cuenta, alumno, de lo que es capaz. Dése cuenta de que es capaz de manejar un discurso, dirigir una lectura, generar un sentido y volver a empezar, porque se siente totalmente insatisfecho con eso y va por más.